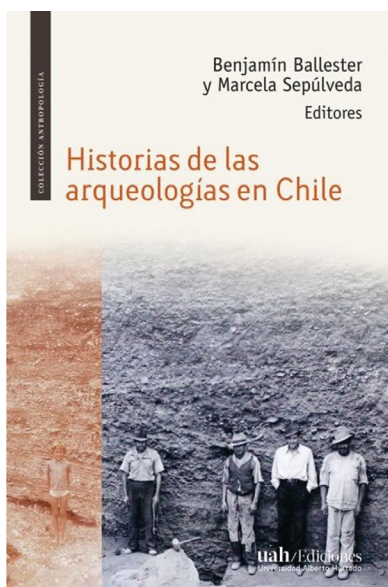




HISTORIAS DE LAS ARQUEOLOGÍAS EN CHILE

Benjamín Ballester y
Marcela Sepúlveda (editores)

2026. 800 pp.

ISBN: 978-956-357-560-6

Universidad Alberto Hurtado

Ediciones, Santiago.

RESEÑA:

Simón Urbina A.¹

Superar para conservar

Nota para el lector. Quiero advertir que este breve comentario se detiene en algunas ideas centrales vertidas por mis colegas Benjamín Ballester y Marcela Sepúlveda en la introducción al libro *Historias de las arqueologías en Chile* (2026) y, en menor medida, en la arquitectura general de la obra. Para ello realizaré una breve digresión o excursión sobre elementos de la historia de las ideas que, a mi juicio, rondan la revisión de nuestras historias disciplinares.

Este texto, originalmente leído en el lanzamiento realizado el jueves 25 de junio de 2026 en la Casa Pauly de Puerto Montt, ha sido revisado y corregido: he dispuesto apartados temáticos para mayor claridad del argumento y las formalidades necesarias para su publicación.

Reconocimiento, negatividad y canon disciplinar

Desde la perspectiva historicista de Hegel (2017 [1807]: 113-115), la conciencia humana se desarrolla al confrontar y superar las contradicciones en que se comprende a sí misma hasta descubrir que la autoconciencia solo puede constituirse mediante el reconocimiento de otra conciencia, que es lo que permite a los seres humanos

1. Escuela de Arqueología, Universidad Austral de Chile, Sede Puerto Montt.
ORCID: 0000-0003-0825-2790. simon.urbina@uach.cl

el despliegue de la razón hasta alcanzar la libertad. En la “dialéctica del amo y el esclavo”, Hegel (2017 [1807]) muestra que la autoconciencia solo se constituye en relación con otra conciencia y por ello la lucha por el reconocimiento y la liberación de la servidumbre es un aspecto central en el desarrollo del yo en la historia humana (116-118). En dicha relación, simplificando el argumento, quienes intentan afirmarse negando al otro terminan dependiendo de él.

En la década de 1930, Alexandre Kojève, en sus cursos sobre Hegel en París, profundizó la noción de “negatividad” como la capacidad humana de negar lo dado, actuar sobre ello y producir historia en la lucha por el reconocimiento (Kojève 1980: 134-136; Filoni 2024: 212-214). Para Kojève (1980: 4-8), el deseo propiamente humano no se dirige solo hacia objetos, sino hacia el deseo de otro sujeto: queremos que el otro “desea” y reconozca nuestro valor, nuestra libertad y nuestra condición de seres autónomos. Como dos conciencias desean inicialmente ser reconocidas sin reconocer a la otra en igualdad, su encuentro adopta la forma de una “lucha por el prestigio”, en la cual cada una está dispuesta a arriesgar la vida. El esclavo, el siervo y el proletario adquieren una conciencia más profunda de su libertad y se convierten en agentes del proceso histórico en la medida en que niegan la realidad dada y encaminan su acción transformadora hacia un futuro que aún no existe. Tal sería el caso de la figura protagónica del “pueblo francés” como sujeto revolucionario en la obra de Jules Michelet, en cuya lectura, entre otras, Marx habría “descubierto” la lucha de clases (Moradiellos 1994: 38).

El tránsito de la servidumbre a la libertad consistiría en el paso de formas desiguales de reconocimiento y concluiría cuando estas condiciones son sustituidas por un reconocimiento recíproco y universal. De acuerdo con la lectura de García-Morán (2015: 16-17) fue Francis Fukuyama (2015[1989]) quien retomó las ideas de Kojève para vincular el deseo de reconocimiento hegeliano con el concepto platónico de *thymos*, referido a la dimensión de la personalidad mediante la cual los seres humanos juzgamos nuestro propio valor, experimentamos orgullo y reaccionamos ante la injusticia o el menosprecio. El individuo moderno no buscaría únicamente bienestar material pues también desea que los demás reconozcan la dignidad que se atribuye a sí mismo. En el pensamiento de Fukuyama existirían dos modalidades de deseo del reconocimiento: la *isothymia* como deseo vinculado al ideal democrático de ser reconocido como igual a los demás y la *megalothymia* como deseo asociado al ideal aristocrático de ser reconocido como superior a los demás (García-Morán 2015: 37-38).

Por lo anterior es que entiendo, como lo hace el libro y especialmente el capítulo introductorio de Ballester y Sepúlveda (2026), que una crítica al canon arqueológico chileno puede reclamar reconocimiento igualitario para voces excluidas y, simultáneamente, generar una nueva tensión por el “reconocimiento” frente a la tradición que se cuestiona.

Credenciales míticas y clase profesional

Trigger (1992 [1989]: 25-26) sostuvo que el ascenso de las clases medias desde las revoluciones estadounidense y francesa a fines del siglo XVIII y la profesionalización de la arqueología occidental en el siguiente desplazaron gradualmente a los anticuarios aristocráticos y generaron la necesidad de proveer de “cobertura mítica” o relatos legitimadores el éxito de la nueva clase emergente, entendida como un segmento específico de ella. Se trataba de una fracción urbana, profesional e intelectual atraída por el conocimiento científico del pasado. Trigger sostenía que las interpretaciones del pasado proporcionaron a estos segmentos, como a las comunidades que la arqueología estudió, relatos o “credenciales míticas” para legitimar su existencia, intereses, aspiraciones y autoridad. Sin embargo, para McGuire (2006: 75-76), la arqueología debía ir más allá de los intereses de clase y si bien coincidía con Trigger en la necesidad de aspirar a un mejor y mayor conocimiento del mundo para actuar y transformar la sociedad en la que vivimos, cuestionaba su temor a la pérdida de objetividad producto del compromiso de la arqueología con intereses y causas de la clase trabajadora o las comunidades indígenas.

En un trabajo posterior, McGuire y Walker (1999: 159-161) abordaron la forma en que la profesionalización de la arqueología occidental involucró alianzas entre las clases medias intelectuales y las clases burguesas que financiaban y administraban las nuevas instituciones: la burguesía controla los medios de producción, los trabajadores realizan la producción, y las clases medias, integradas principalmente por profesionales, administradores y gestores, median entre ambos. De paso nos recuerdan que la arqueología forma parte del aparato intelectual –universidades, museos, publicaciones, títulos y sociedades científicas– que produce el capital simbólico necesario para ingresar y mantenerse en las clases medias profesionales. La formación académica confiere certificaciones, competencias socialmente reconocidas y autoridad para definir qué interpretación del pasado es legítima, y también un camino de ascenso social hacia los espacios y circuitos de las élites intelectuales regionales y globales (Turchin 2024).

En el caso chileno, tanto la profesión como su público histórico (su audiencia) han sido predominantemente de clase media; sin embargo, no todos los arqueólogos son profesionales de clase media o aprendices destinados a alcanzar esa posición. En el sistema capitalista contemporáneo, bajo la delgada capa superficial de la arqueología científica, se hallan múltiples divisiones que *Historias de las arqueologías en Chile* ilumina quizás por primera vez: por un lado, profesores y responsables de proyectos en posiciones privilegiadas, un gran grupo de articuladores o mediadores institucionales compuesto por autoridades y burócratas del Estado, empresas y profesionales *freelance*; y, por el otro, técnicos, estudiantes y jornaleros que en la arqueología de contrato pueden percibir altos salarios, pero están sometidos a regímenes de inestabilidad, baja protección social y difíciles condiciones de ascenso. Así vista, la arqueología puede seguir siendo considerada como una cultura pro-

fesional de clase media mientras las dinámicas del mercado hacen que una parte importante de su fuerza de trabajo se proletarice y de paso alcance a los grupos académicos e intelectuales (McGuire y Walker 1999: 167).

Distintas comunidades pueden intervenir en la definición de las preguntas arqueológicas. McGuire (2006: 72-73) estima que esas preguntas deben someterse igualmente a evaluación empírica y por ello, a mi juicio, no sería posible aceptar sin un detenido escrutinio la propuesta de reemplazar el mito legitimador burgués –como el desarrollado por Orellana (1996) en su libro *Historia de la arqueología en Chile*– por otro mito pluralista y panteísta (en el sentido de que todo es arqueología) inmune a la crítica.

Este largo excursus inicial me permite situar a las *Historias de las arqueologías en Chile*, y la línea argumental central de su introducción homónima, como parte de un movimiento semejante a lo indicado en los párrafos anteriores: al negar, pluralizar y cuestionar a las figuras canónicas, las nuevas historias abren el campo y producen otros sujetos; pero, en la medida en que necesitan a esas figuras fundacionales, a esos padres como adversarios y fuente de reconocimiento, también promueven su conservación, los actualizan y vuelven a situarlos en el centro, al menos por unos largos segundos. La crítica no puede simplemente desmontar o desmantelar el canon en el sentido hegeliano: si lo supera, debe conservarlo, y puede terminar reforzando, como efecto no buscado, aquello mismo que pretende desplazar.

Este es mi reconocimiento al valor de *Historias de las arqueologías en Chile* y en especial al trabajo, compromiso y coraje intelectual de sus editores. Es una obra necesaria, clave, irremplazable porque a poco andar ha modificado el mapa de la arqueología: reúne veinte capítulos territorialmente diversos y decide comenzar por los márgenes para concluir en el centro. Ese gesto permite desplazar, al menos parcialmente, la mirada desde Santiago hacia regiones, islas y archipiélagos y desde los héroes a los mortales que han ocupado posiciones secundarias o se hallaban hasta hace poco ausentes o sin reconocimiento en los relatos nacionales.

El mapa y sus caminos: recentrar la genealogía

Cinco años atrás, el 21 de julio de 2021, los editores incluyeron en su invitación a contribuir al libro una indicación sugerente: “Es prioritario considerar y valorar las diferentes escuelas, colectivos y agencias de trabajo arqueológico en la región de estudio, sin caer en relatos hegemónicos o monólogos que privilegien a unos/as por sobre otros/as”.

El diagnóstico del proyecto retomaba los contornos de aquella breve controversia de 2021 (en plena pandemia) en la sección “Tribuna” del *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*. Esta discusión se centró en la historia lineal de la disciplina en Chile, basada comúnmente en relatos producidos desde Santiago y las universidades, escritos principalmente por hombres de la elite o clase media educada, concentrados en los mismos hitos y periodificaciones, frente a la cual se situaban

las diversas voces e historias locales y regionales (Urbina 2021a, comentarios de Ballester 2021, Cornejo 2021 y González-Ramírez 2021 y respuesta de Urbina 2021b).

Es el capítulo introductorio de *Historias de las arqueologías en Chile* el encargado de dar continuidad a este debate abogando por la necesidad de ampliar y descentralizar la cartografía de las arqueologías chilenas. Pero, al mismo tiempo, reconoce que este movimiento tiene un “argumento central”: la figura principal de Mario Orellana y una genealogía de autores que serían, de distintos modos, continuadores de su obra. La paradoja es que, al intentar asediar a esta genealogía, se produce el efecto de conservación e intensificación propio de la dialéctica y la negación. Superar para conservar, como señalé al inicio de este comentario. Cuanto más se intenta retirar a Orellana de la posición hegemónica, restándole de paso el reconocimiento, más se le repone como eje ordenador. A mi juicio, no ha existido una evaluación crítica del trabajo y las conexiones de Orellana como la que inicia este libro. Como se verá, los editores reconocen que el volumen probablemente no habría existido sin su obra, y vuelven a ella una y otra vez como el hilo rojo conductor: el padre es impugnado, pero continúa ocupando el centro de la escena, donde vemos una mesa y sobre ella el mapa de nuestras arqueologías con sus caminos.

Trabajo, testimonios y multivocalidad

El segundo aspecto que vale la pena mencionar es la referencia al método de trabajo. El libro reconoce la importancia de los archivos escritos, visuales y orales. Es una virtud y también un problema que cada lector debe resolver: cómo cada trabajo define qué entiende por arqueología, cómo selecciona sus agentes principales o de reparto, cómo construye su periodización (a pesar de que nos pidieron no periodificar en la invitación) y cómo decide combinar historia, memoria, testimonio y experiencia personal. Algunos capítulos se detienen a mediados del siglo xx, otros llegan hasta la década de 1990 y otros se proyectan explícitamente hacia el presente y el futuro. Esta libertad ofrece mucha diversidad, pero dificulta cualquier ejercicio comparativo o integrador. La pluralidad de voces, la multivocalidad, no sustituye por sí sola la crítica documental que, como saben los estudiantes de arqueología, es la forma principal en que se genera un conocimiento histórico provisoriamente válido.

El volumen reúne historias valiosas, aunque con alcances historiográficos muy disímiles. Como resultado, en ciertos capítulos, tenemos autores que narran procesos y estudios en los que participaron directamente y que luego analizan e interpretan. Esta singularidad testimonial no anula los textos ni el valor histórico de los relatos, pero requiere que cada lector y lectora advierta el riesgo de mezclar el testimonio profesional, la memoria autobiográfica y la interpretación histórica. Como era de esperar, hay capítulos polémicos y, en palabras de los propios editores, la historia del libro no estuvo exenta de discusiones.

Sobre ese fondo, el libro *Historias de las arqueologías en Chile* puede presentarse como un torrente heterodoxo, tal como establecen sus editores en la introducción.

También creo que, tras este procedimiento editorial, algunos antecedentes revisados son reconocidos en la medida en que anticipan el programa de pluralización del volumen, y los que no encajan son asimilados a la continuidad hegemónica del discurso de Orellana. También percibo la ausencia de una lectura más fina o granular de los esfuerzos intelectuales e institucionales previos. La introducción contrapone con frecuencia la tradición institucional, el canon y la disciplina a la creatividad, la diversidad y la heterodoxia. Sin embargo, el propio libro fue posible gracias a universidades, museos, archivos, proyectos financiados, evaluación por pares, una sociedad científica sólida, una editorial universitaria y las redes académicas y el trabajo sostenido de sus editores. Ninguna voz emerge en estado puro, ni totalmente fuera de las instituciones o completamente exenta de intereses. Con todo, estoy de acuerdo con los editores en que las historias disciplinares no deberían enseñarse como un panteón de precursores ni con la inocencia de una denuncia de obsolescencia retrospectiva.

Algunos capítulos, en especial en las zonas áridas, denuncian la precarización, los contratos inestables, el trabajo voluntario y el desmantelamiento de centros de investigación pioneros. En todos estos detalles, el libro es fascinante, pues se aleja de la épica y lo hace intentando desmontar el relato heroico fundacional de la arqueología chilena a sabiendas de los efectos de preservación que he referido más arriba. Remontar esos relatos y amplificarlos a otros lugares y personas no será tarea fácil. Tampoco será fácil abordar en qué medida las arqueologías en Chile han permitido adquirir un mayor conocimiento de la sociedad dentro de la cual se practica.

Respecto de las ausencias, como plantea Koselleck en *Futuro pasado* (1993), es desde lo inexistente o lo que no ha llegado a ser que se dinamiza nuestra historia pues las posibilidades no realizadas persisten activamente en nuestra conciencia histórica. Y por ello las ausencias y lo desaparecido, aquello que creíamos no considerado en nuestras historias disciplinares, han cobrado una fuerza mayúscula en este libro, en el que no solo se revisa lo que fue la arqueología hasta ayer, sino también aquello que no llegó a ser. En el negativo, detrás y entre sus líneas, se percibe lo que falta y cómo estas ausencias (junto a algunos viejos y nuevos fantasmas) siguen operando en nuestro tiempo.

Leer, discutir y reescribir

Quiero terminar este comentario reconociendo explícitamente a Benjamín Ballester y Marcela Sepúlveda por su trabajo notable y sostenido y por el gesto de presentar este libro en Puerto Montt. Esto no es un detalle protocolar de mi parte. Primero, porque es uno de los gestos más coherentes con su programa desde el llamado en 2021 y la introducción del libro en 2026: trasladar la discusión fuera del centro metropolitano y entregarla a una escuela regional, a sus estudiantes, docentes y profesionales. En segundo lugar, pues el mérito de esta obra no consiste en evitar el desacuerdo ni la incomodidad, sino en producir las condiciones para que sea leído

da, subrayada, contradicha y reescrita, con nuevas tensiones y polémicas (veo venir varias). Tercero, debido a que es en Puerto Montt donde se enseña una arqueología que integra directamente una línea de formación en historia con asignaturas como Investigación Histórica en Arqueología, Historia del Sur Austral de Chile, Historia Mapuche, Etnohistoria y Arqueología Histórica y Contemporánea.

Aunque parezca paradójal, creo que este libro se convertirá en un texto canónico para futuros análisis de las arqueologías en Chile, pues fomentará en la práctica disciplinaria el uso de la crítica documental, el trabajo con archivos, el cultivo de la historia oral, la sociología de la profesión, el análisis institucional y el estudio de las relaciones laborales en una arqueología que tiene muchas facetas e historias. Varias historias y, a la vez, una. Dicha visión permitirá comprender las condiciones que hacen posible esta clase de conocimiento plural y diverso, así como las desigualdades que han marcado la disciplina en sus varios caminos, todos aún abiertos. Recordando la intervención del profesor Luis Vitale en el lanzamiento de la hoy extinta revista *Werken, Arqueología, Antropología e Historia* (2000), confío en que el libro *Historias de las arqueologías en Chile* reavivará el fuego de la interdisciplina y “el amor por la historia” en las nuevas generaciones de profesionales de las ciencias sociales y las humanidades.

Agradecimientos. A Benjamín Ballester y Marcela Sepúlveda por el interés en que este texto viera la luz.

Referencias citadas

- Ballester, B. 2021. Apuntes sobre los apuntes de Simón Urbina. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50:91-92.
- Ballester, B. y M. Sepúlveda. 2026. Historias de las arqueologías en Chile. En: *Historias de las arqueologías en Chile*, editado por B. Ballester y M. Sepúlveda, pp. 13-40. Universidad Alberto Hurtado, Santiago.
- Cornejo, L. 2021. Comentario a Urbina: Del ordenado mundo taxonómico a las calles de Blade Runner. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50: 93.
- Filoni, M. 2024. *Vida y pensamiento de Alexandre Kojève: La acción política del filósofo*. Trotta, Madrid.
- Fukuyama, F. 2015 [1989]. ¿El fin de la Historia? En: *¿El fin de la Historia? y otros ensayos*, presentación y selección de J. García-Morán Escobedo, pp. 55-101. Alianza, Madrid.
- García-Morán, J. 2015. El “gran relato”, rehabilitado: Francis Fukuyama y el fin de la Historia. En *¿El fin de la Historia? y otros ensayos*, pp. 9-49. Alianza, Madrid.

- González-Ramírez, A. 2021. Otras compañeras que no continuaron...: Más que olvido, el ojo caníbal. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50: 93-98.
- Hegel, G. W. F. 2017 [1807]. *Fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Kojève, A. 1980. *Introduction to the Reading of Hegel: Lectures on the Phenomenology of Spirit*. Cornell University Press, Ithaca y Londres.
- Koselleck, R. 1993. *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, Barcelona.
- McGuire, R. 2006. Marx, Childe and Trigger. En: *The Archaeology of Bruce Trigger: Theoretical Empiricism*, editado por R. F. Williamson y M. S. Bisson, pp. 61-79. McGill-Queen's University Press, Montreal.
- McGuire, R. y M. Walker. 1999. Class Confrontations in Archaeology. *Historical Archaeology* 33(1): 159-183.
- Moradiellos, E. 1994. *El oficio de historiador*. Siglo XXI, Madrid.
- Orellana, M. 1996. *Historia de la arqueología en Chile*. Bravo y Allende, Santiago.
- Trigger, B. G. 1992 [1989]. *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica, Barcelona.
- Turchin, P. 2024. *Final de partida: Élite, contraélites y el camino a la desintegración política*. Penguin Random House, Montevideo.
- Urbina, S. 2021a. Apuntes sobre historia de la arqueología en Chile, 1880-2020. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50: 75-90.
- Urbina, S. 2021b. Caminos quedan. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 50: 99-104.